

## **Domingo XXIII del Tiempo Ordinario**

**Repréndelo a solas**  
**Mt 18, 15-20**

**Ayudarnos a ser mejores. Reunidos en su nombre**  
**Lo primero es la vida**

### **AYUDARNOS A SER MEJORES**

Cansados por la experiencia diaria, nacen a veces en nosotros preguntas inquietantes y sombrías. ¿Podemos ser los hombres mucho mejores? ¿Podemos cambiar nuestra vida de manera decisiva? ¿Podemos transformar nuestras actitudes equivocadas y adoptar un comportamiento nuevo? Con frecuencia, lo que vemos, lo que escuchamos, lo que respiramos en torno a nosotros, no nos ayuda a ser mejores, no eleva nuestro espíritu ni nos anima a ser más humanos.

Por otra parte, se diría que hemos perdido capacidad para adentrarnos en nuestra propia conciencia, descubrir nuestro pecado y renovar nuestra existencia. No queremos interrogarnos a nosotros mismos. El tradicional «examen de conciencia» que nos ayudaba a hacer un poco de luz ha quedado arrinconado como algo ridículo y sin utilidad alguna. No queremos inquietar nuestra tranquilidad. Preferimos seguir ahí, «sin interioridad», sin abrirnos a ninguna llamada, sin despertar responsabilidad alguna. Indiferentes a todo lo que pueda interpelar nuestra vida, empeñados en asegurar nuestra pequeña felicidad por los caminos egoístas de siempre.

¿Cómo despertar en nosotros la llamada al cambio? ¿Cómo sacudirnos de encima la pereza? ¿Cómo recuperar el deseo de bondad, generosidad o nobleza?

Los creyentes deberíamos escuchar hoy más que nunca la llamada de Jesús a corregirnos y ayudarnos mutuamente a ser mejores. Jesús nos invita, sobre todo, a actuar con paciencia y sin precipitación, acercándonos de manera personal y amistosa a quien está actuando de manera equivocada. *«Si tu hermano peca, repréndelo a solas, entre los dos. Si te hace caso, habrás salvado a tu hermano.»*

Cuánto bien nos puede hacer a todos esa crítica amistosa y leal, esa observación oportuna, ese apoyo sincero en el momento en que nos habíamos desorientado. Todo hombre es capaz de salir de su pecado y volver a la razón y a la bondad. Pero necesita con frecuencia encontrarse con alguien que lo ame de verdad, le invite a interrogarse y le contagie un deseo nuevo de verdad y generosidad.

Quizás lo que más cambia a muchas personas no son las grandes ideas ni los pensamientos hermosos, sino el haberse encontrado en la vida con alguien que ha sabido acercarse a ellas amistosamente y las ha ayudado a renovarse.

## REUNIDOS EN SU NOMBRE

### **Allí estoy yo en medio de ellos** **Mt 18, 15-20**

Está muy extendida entre nosotros la idea de que la fe es un asunto puramente individual que cada uno ha de resolver en lo íntimo de su conciencia,

Por eso, no resulta nada extraña la actitud de quienes, sintiéndose cristianos, creen poder alimentar su fe sin vincularse con ninguna comunidad creyente.

Hay también quienes van seleccionando su propia comunidad según sus gustos, su sensibilidad religiosa o, sencillamente, la comodidad del momento.

Incluso, no es raro en núcleos urbanos algo densos, el encontrarse hoy con cristianos que ignoran cuál es la comunidad parroquial a la que pertenecen y desconocen el templo al que son invitados como miembros de la Iglesia.

Y, sin embargo, la fe no es sólo una experiencia que se vive individualmente ni un proceso interior que se alimenta en la intimidad del propio corazón.

El verdadero creyente alimenta su fe en el seno de una comunidad compartiendo con otros hombres y mujeres la misma esperanza en el Dios de Jesucristo.

Sin duda, las comunidades concretas que cada uno conocemos no son como quisiéramos. Las celebraciones litúrgicas en que tomamos parte nos pueden resultar a veces aburridas y hasta penosas. Es fácil entonces la tentación de distanciarnos poco a poco.

Pero puede ser también el momento de creer y vivir con realismo y humildad la presencia de Cristo en medio de los creyentes. Nuestra mediocridad no impide que se cumplan sus palabras: *"Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"*.

En medio de esa modesta asamblea de hombres y mujeres agitados por deseos, conflictos y esperanzas tan diferentes, está El.

En esas oraciones pronunciadas distraídamente por unos y murmuradas con fe sincera por otros, en esos cantos salidos a veces del exterior de los labios y nacidos otras del hondo del corazón, está El.

En ese evangelio escuchado distraídamente o acogido con fe, en esa comunión recibida rutinariamente o anhelada con verdadera hambre, está El.

Su presencia la pueden percibir aquellos que saben *"reunirse en su nombre"*. Los que buscan algo más que un clima grato o una liturgia acomodada a sus gustos. Los que saben sentirse solidarios de las alegrías y las penas de los hermanos. Los que saben invocarle no sólo desde su corazón sino

desde el corazón de esta humanidad necesitada del Dios de la vida.

### **Lo primero es la vida**

Se ha dicho que las religiones han sido origen de lo mejor y también de lo peor que se ha vivido a lo largo de la historia. No sé si es así. Lo cierto es que las religiones han cometido y siguen cometiendo graves agresiones contra la vida, la libertad y la dignidad de las personas.

Por eso es tan importante caer en la cuenta de que, para Jesús, lo primero no es la religión sino la vida. Lo decisivo es ver si la religión da vida o produce muerte, si potencia la libertad y dignidad de las personas o si conduce hacia la mediocridad y el aburrimiento. Esa es la disyuntiva: ¿para qué es la religión? ¿para dar vida o para dar muerte?

Los exégetas señalan tres rasgos básicos en la actuación de Jesús, que permiten captar el núcleo de su religión.

En la curación de enfermos se revela su interés por una vida sana, liberada del sufrimiento y del mal. En la expulsión de demonios se desvela su lucha por una vida rescatada de la humillación, la indignidad y la esclavitud. En el perdón a los pecadores se manifiesta, su empeño por liberar de la culpabilidad, la desconfianza y el miedo a Dios.

Para Jesús, Dios es «Amigo de la vida». Su actuación y su mensaje no dejan lugar a dudas: La religión ha de servir para potenciar la vida y la dignidad de las personas, no para adormecerlas o empequeñecerlas. Cualquier otra forma de entender y vivir la religión queda lejos del proyecto salvador de Jesús.

Desde su nacimiento, el cristianismo cuidó con esmero el encuentro semanal de los seguidores de Jesús. Esta reunión era vivida con tal hondura que Mateo pone en boca de Jesús estas palabras: «*Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*». Hoy, después de veinte siglos, la misa dominical sigue siendo el acto religioso más importante de los cristianos, pero ¿nos reunimos en el nombre de Jesús? ¿se hace él presente entre nosotros?

No son pocas las preguntas que hemos de hacernos los cristianos: ¿es Jesús quien reaviva nuestros encuentros religiosos?, ¿dónde está su fuerza para contagiar vitalidad y despertar nuestra dignidad?, ¿dónde ha quedado el fuego que quiso encender en el corazón de los hombres?, ¿qué hemos hecho de sus palabras llenas de vida?